

F. J. FALQUEZ AMPUERO

CAJA DE CROMOS

(POESÍAS LÍRICAS Y VERSIONES)

1921
F. Falquez Ampuero

IMP. MUNICIPAL

1928

CARTA-ILITERARIA

*Señores Alfredo Andrade Flor y
Doctor Víctor S. Palacios O.*

PRESENTE.

Amigos míos:

¿Versos a estas horas? ¡Infeliz humorada o audacia de más de la marca! ¿Quién los hace y quién los lee? Los hago yo, que soy «más versado en desdichas que en versos»; y los leerá el público? Ante todo, quién es este personaje y dónde está? Si es ese gigante plurilingüe y ubícuo, del que Larra se dejó decir cosas tan atinadas y amenas, muy bien que los lea y relea hasta aprendérselos de coro; pero si el público es retórico pedante que acostumbra juzgar la obra bella de la inteligencia por los cánones de la crítica sorda y la gramática parda, que mejor se tire encima de tesoros

poéticos que a la continua desfilan a sus ojos, y deje pasar mi modesta *cajita de cromos* hecha sólo para recreo de mis chiquitines, que no para que la arrojen al basurero manos broncas que se complacen en causar daño por inclinación malsana a los seres y las cosas delicados que debieran proteger: la mariposilla multicolor, trasunto risueño del infante que corre detrás de ella; la violeta que a su pesar cubalsama y denuncia el retiro que la esconde; el búcaro de cristal de bacarat que guarda el aliento de Venus; y, lo que es más digno de respeto, la ilusión, que es todo esto y además un resultado exquisito de la fuerza espiritual del hombre.

Mis versos...¿Quién puede decir con orgullo y entera certidumbre: los arpegios fugitivos de la lira interior que llevamos en el pecho y que sólo suena a sus horas, son míos? La súbita vibración de lágrimas o risas, la doy yo, la traduce mi cordaje de nervios; pero no es absolutamente *mía* con independencia de acción extraña, obra de afinidad y simpatía, *de afuera*; y es en este sentido que Silva el de *Nocturnos*, el poeta más consciente de su posición artística, escribió para asombro de los que le creían muy orondo por tener en su almarío el alma de Apolo: «Uno no hace los versos: se hacen dentro de uno y salen...» La estrofa, como la flauta de Pan, abre sus conductos a la impresión del dedo rosado de la Musa, para recibir la brisa de frescura de lago del idilio o el aura de suspiros que parten de lo más recóndito del corazón humano emocionado con la lectura de los grandes poetas que pensa-

ron y sintieron en consonancia con nosotros; por lo que su lirismo, su percepción de la vida, su resonancia espiritual, identificándose con nuestro temperamento *dun el sér* al canto que nos ahogaría, sino brotase numeroso o intermitente por la gran bocina, después de estar impresionado largo tiempo en el disco de nuestra sensibilidad.

Llamarse poeta en tal estado es profanación, arrogancia y error. El poeta siempre será la pitonisa que profiere lo que sólo sabe por ciega inspiración, y siempre estará en la actitud que pinta el verso *dannunziano*: *con la labra come parole dette*. . . Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare, Calderón de la Barca, Víctor Hugo, Shelley, éstos y no otros son los únicos que tienen por derecho divino el título de poeta. Los demás expresan o reflejan lo que estas grandes almas les transmiten de la superior producción que constituye un acervo sagrado de instrucción y delicia para el mundo inteligente y sensible. Lo que no lleva sello de esta grandeza de primera clase, no pasa de ser artificiosa ingeniosidad.

Pero el vulgo que, sino lleva de pellejo adentro una lira ni cosa que se le parezca, secreta activamente sus ponzoñas que vomita sobre lo blanco de la honra de los seres egregios; el vulgo, implacable como aquella divinidad del Ganges no satisfecha nunca de muerte y estrago, pone la monta de su esfuerzo malévoló en desprestigiar a furor de calumnias a los hombres — faros que iluminan la marcha de la humanidad al través de los tiempos. Así, César es el *calvus mechus* disoluto como una mujerzuela; Cellini, asesino de Pompeo, joyero de

un Papa; Molière, criminal hasta el incesto; Tur-
na, un degenerado víctima del delirio de persecu-
ción; Lope de Vega, padre de infeliz prole sacrí-
lega... En estas circunstancias, se creería que el
triunfo es del vulgo; que se ha enfriado el astro
brillante que preside los destinos del hombre en la
tierra; pero no hay tal desequilibrio de la justicia
eterna que la administra Dios; y, en definitiva, el
Genio, a pesar de su calvario a manos de la medio-
eridad, cumple la misión de redimir civilizando.

Descartado lo que dicho queda con toda la sin-
ceridad de que uno es capaz en estos tiempos de
farsa y fantasía, volvamos a los versos, a los *míos*
que hoy ofrezco en venta al público contra mi volun-
tad; porque siempre he pensado que, aunque desde
marras ha sido costumbre hacer lo mismo, el verbo
poético no debe entrar en las prosaicas contingen-
cias del comercio, sino repartirse gratuitamente en
una amplia eucaristía de belleza y entusiasmo ar-
tístico. Voltaire y Víctor Hugo sacaron pingües
rendimientos de sus libros; pero Lamartine se vió
obligado a cortar sus árboles para vender la sombra
a sus acreedores, como él mismo lo dice a nuestro
Montalvo. ¿Qué hacer, amigos míos, ante el impla-
cable dilema de la vida en tales condiciones? Pri-
mero es vivir. Después, ya veremos salir el sol to-
dos los días para alumbrar las mismas escenas, has-
ta que nos toque ir a cuidar una cruz con unos
cuantos metros de tierra encima...

Hubiera preferido que estos cantos se quedaran
en casa para delicia de mis pocos ratos de ocio,
cuando por un inocente rasgo de egotismo me pongo

a declamar mis versos causado de leer los de Musset o Verlaine; pero, no han faltado amigos bondadosos, como ustedes, que me convencieran de que debía dejar salir mi banda de gorrioncillos en busca de auras más frescas; y allá va la nidada, ya la veo lejos del alar querido, donde hay, al menos, sombra grata y un haz de ramitas que picotear; allá se aleja en precoz ensayo de sus alas que protege naciente vello, sin saber cuál será el fin de este primer intento, cuál la suerte que les toque en la aleatoria convivencia del tiempo y el espacio con otras aves más fuertes o más débiles, mientras yo espero el regreso del amado enjambre de codos en la ventana que tiene marco de enredadera...

¡Poeta yo! Puede ser. No es extraño, ni voy a exclamar como el noble José Asunción: «¡Dios mío!, yo no soy poeta». No me hubiera sido difícil hallar un crítico de fuste y fusta que apadrinara este tomito, y, por las buenas o las malas, convenciera al lector de que *an che ío*; pero, sin creer que el libro se basta y se sobra, no sé por qué espero que será bien recibido por el público, siquiera con las exterioridades de esa cultura, educación y miramientos sociales que nos impone la mentira, reina del mundo y madre fecunda de la ilusión, la esperanza y el arte... Además de todo esto, hoy quién no es poeta, aunque sólo sea para su capote? Se puede decir que hay más vates que ciudadanos en ejercicio de la ciudadanía; lo que puede determinar al gobierno a poner en práctica con el superavit de *ruiseñores* la medida que insinúa Platón en su República. Ah, Platón, sus motivos tenían, pues,

los que en tu propia tierra te llamaron envidiosos, embustero, avaro, libertino y otras lindezas de la laya... Dejemos que el mundo, si puede, hable en verso; porque así se habrán, por lo menos, suavizado muchas verdades de a puño que en presa son inaguantables. Figúrense ustedes lo que sería la vida y el trato social en puro verso! ¡Qué importa, después de todo! Ya lo dijo el festivo Amigo Fritz:

¿Hacer versos? Patarata!
Quién no los hace hoy día,
cuando está la Poesía
tan abundante y barata!

Lo que falta casi siempre, es poca cosa:

poner *en medio* el talento
y en *las puntas* consonantes...

Pero basta y preparemos el punto final a esta carta iliteraria prolongada en demasía. Convengamos, estimados amigos míos, que entre ser político, lo que conduce a la picota del ridículo, donde a la postre se sucumbe maniatado por la impotencia, herido por el dardo propio en vengador rebote, infamado por el desprecio público como un reo inerte en el patíbulo, o pasarse los días en flores torneando versos buenos o malos, preferible es esto último, que si tiene mucho de quijotería, no sé yo que haya causado daño al prójimo; a quien si no queremos amar como a nosotros mismos, lo que no deja de ser bastante, no se le debe hacer sufrir en ninguna

medida.. Ahora, sólo me resta despedirme de ustedes y presentarme a los lectores en la actitud que pinta Regnier en una de sus magistrales sátiras: a plomo en el umbral y sombrero en mano. Luégo, volyeré a mi existencia conocida, la muy apacible de aquellos monjes de la Edad Media, cuyo ideal era vivir *in angello cum libello*, en un rincón con un librito y a solas con los recuerdos...

F. J. Falquez Ampuero

Guayaquil, Enero 1928



SONETOS

Una tarde de la Iliada

(COMBATE DE LOS DIOS)

POR el decreto de implacables Hados
llegó Troya al final de su carrera:
la Junta de Inmortales delibera,
y están los elementos desatados.

Los guerreros celestes, sus crinados
morriones lucen con febril espera,
y el rubor de las diosas atempera
la adustez de los rostros excitados.

Tendiendo el arco para herir descienden
al polvoroso campo de batalla;
con incansable ardor sus flechas hienden

yelmos y escudos de bruñidas hojas;
y el ronco estruendo de su voz estalla
del vasto incendio entre las sierpes rojas.

El Angelus

DE la tarde a los grises esfuminos
y entre el largo batir de los palmares,
a la eglógica paz de sus hogares
regresan los terrosos campesinos.

Ya se espesa la sombra en los caminos,
y el temor de lejanos colmenares
sube envuelto con tímidos cantares
a los pálidos cielos vespertinos.

Una yeguada de elegantes cuellos,
con las crines hirsutas, sus resuellos
viene dejando en ágiles madejas

de humo blanco en las rutas anchurosas,
mientras rasga las brumas perezosas
el lampo de oro de las hoces viejas.

La Maja de Triana

CEÑIDO el manto grana, en cuyo fondo
bordó motivos la destreza china,
con su goyesca curvatura fina
y el resplandor de su mirar tan hondo

como el abismo; grácil y redondo
el busto en morbidez que se adivina,
pasa, cimbrando, fresca y purpurina:
bandera viva de escaarlata y blonde.

En un recodo de la calle espera,
con sus visillos bajos, la litera,
para llevarla al redondel chispero,

en donde, alzando el espumante vaso
de oscuro mosto, entre el brillar del raso
de su uniforme, osténtase el torero.

Monsieur de Phocas

TENDIDO en los etínicos almohadones,
al dombo azul tornada la cabeza,
discurre por sus miembros la pereza
del opio de las índicas regiones.

Desmaya el corazón en pulsaciones,
adquiere el organismo sutileza,
y el blando sueño a descoger empieza
la cinta de sus mágicas visiones.

Como gráciles sierpes diminutas
emanan de la pipa las volutas
que se enredan en trémula guirnalda;

y, sin que alivio en el danzar encuentre,
crispa, agotada, el bronce de su vientre
la bayadera de ojos de esmeralda.

En el Canal

QUERTA de amor en góndola de flores,
con expresivo gesto vivaracho,
deshojabas el libro de Boccaccio
una tarde de pálidos colores.

En la prora cantando, el gondolero
mientras bogaba, sorprendió un furtivo
ademán de tu mórbido y lascivo
tren de curvas....Como ancho palillero

ostentaba tu busto los claveles
de airoso ramo; y en el vaivén del agua
que corría copiando capiteles

y atrios de mármol sobre el verde lomo,
de entre las ricas blondas de la enagua
salió tu pierna en juguetón asomo.

Un refinado

DESDE Italia, curtido en mil trabajos,
de su bizarro *tercio* vino al frente
—pendón al viento y a tambor batiente—
de los budiales de Países Bajos.

Su yegua mora de borlones majos,
al desgarrón del acicate, el puente
de un castillejo lóbrego y silente
salvó en vuelta en hervor de espumarajos.

Allí, al lívido baile de las luces
del incendio, cortaba su tizona
sin descanso. Sus viejos arcabuces

quebraron vidrios que empañó la lluvia,
y su helfo, a una pálida infanzona,
besó en la loca cabecita rubia.

Clarooscuro

(CON ELLA)

HABLÁBAMOS de amor junto a la lumbre
en una de las tardes en que el brujo
del espacio, decora a todo lujo
con bárbaros motivos su techumbre:

hecatombes, combates de titanes,
lucha de fieras sobre campo de oro,
gnomos ebrios volcando su tesoro,
purpúreas explosiones de volcanes...

Filtrábanse al través de las cortinas,
llenando de misterio los espejos,
las dulces palideces vespertinas;

y, en el prestigio de las sombras bellas,
la ciudad encendíase a lo lejos
y la noche cuajábase de estrellas.

La duda del Cristo

Quando erguir los sicarios el madero,
se estremeció Jesús, y hubo un instante
en que amoroso, triste y suplicante,
dijole: «¡ Padre, en tu piedad espero!»

Mas, abrióse a sus ojos el sendero
de redención para su prole errante,
y ebrio de amor, humilde, sollozante,
libó el cáliz de acíbares entero.

En el paso supremo de la muerte,
do fue el más dulce, resignado y fuerte,
su alma al crisol del sufrimiento ardía,

y, pura, entre un suspiro doloroso,
dejando el cuerpo pálido y hermoso
voló en un lampo vívido del día!

Las Golondrinas

EN fecunda labor de paz voltea
las aspas rechinantes un molino,
y en su lecho de estiércol del camino
la vaca melancólica sesteá.

Con los bronceados torsos al desnudo,
que copian los espejos del remanso,
los labradores rompen sin descanso
la tierra virgen de tapiz felpudo.

Regresan al alero conocido,
donde colgaron en abril su nido,
las golondrinas de remotos cielos;

y, al través de los árboles frutales,
los niños con sus voces musicales
van siguiendo la sombra de los vuelos.

Carmen

EL RETRATO

APRISIONABA su mantón de luto
con el etéreo broche de una joya,
y el toque oscuro de Francisco Goya
era un prestigio de su rostro enjuto.

Las alegres comadres de Toledo
ante su porte hermético reían;
pero los hombres locos se volvían
por su risado mechoncillo ledo.

Rimaban seguidillas sus caderas
cuando al herir, nerviosas, las aceras
con sus botitas de tacones altos,

como salida de un oscuro estuche,
su figura de lúgubre peluche
se copiaba fugaz en los asfaltos.

El Entierro

EN rosa y verde pálido se funden
las nubarradas trémulas y rojas.
Sacude el árbol su melena de hojas
que, secas, con el viento se difunden.

De una calleja triste sale el duelo:
gente de pañolón y de chaqueta,
que domina la escuálida silueta
de un franciscano con la vista al suelo.

Brazos robustos, la pequeña caja
al cementerio llevan, donde baja
entre rezos y súplicas sencillas,

mientras esparce la amistad sus flores...
Bañad su tumba en tibios resplandores,
¡melancólicas tardes amarillas!

Djenana

(MEDALLÓN)

VIDA sombra de dolor prestigiar
ojos de hurí sobre óvalo de griega:
¡negros diamantes en que el ampo juega
de las aguas narcóticas de Estigia!

Talle de rama que estremece un vuelo
y gracia de una reina de Balkanes;
¡verbo-lava de todos los volcanes
que conmueven las capas de este suelo!

Su acicalada mano pequeñita,
un fñebre amuleto—al cuello—toca
en el gesto oriental de Sulamita.

Y, así pasa elegantemente magra,
esta figura espiritual que evoca
una estatuilla frágil de Tanagra.

Grotesco

GASTÓ sin tasa sus pujantes bríos
en rendir cien terribles infanzones,
y vomitaba rútilos doblones
su escarcela en eróticos desvíos.

Ante el balcón de la gentil Roxana
rimóle al Beso su mejor poema,
al tiempo que con lindo extratagema
embozábbase el rostro, donde, ufana,

la estupenda nariz en curvatura
era signo y pretexto de bravura
para este altivo y turbulento macho :

que, loco, al fin cuando soltó el florete
describiendo un grandioso molinete,
sólo inclinó a la Muerte su penacho!

Paisaje de Invierno

AMBIENTE de bochorno. Lodo y moscas.
En el éter retumba el tableteo
de tempestad lejana. Cabrilleo
de lucesillas en las casas toscas

del burgo. Entre las rayas diagonales
de la lluvia, nictálope lechuza,
mientras, chillando, desventuras cruza,
azota de la iglesia los cristales.

Al temblor de una pálida farola
que en la torcida calle alumbrá sola,
su esquelética sombra de mendigo

destaca un perro en el grasiento muro;
y regresa, ladrando al cielo obscuro,
a los sucios harapos de su abrigo.

La Mujer=copa

I

EN la penumbra de su alcoba vaga
con el ampo sidéreo de Ulalume
—ensueño de opio, trémolo o perfume—
su frágil cuerpo de belleza maga.

Sembrados los cabellos de camelias,
en perenne temblor de largos tules,
su mano arranca pétalos azules
de un miosótis, al son de las nubelias.

La fiebre de la danza la enloquece;
arden sus ojos, se le ensancha el seno;
al espesarse la tiniebla crece

su sombra núbil; pero el sol la arropa
con su veste de rayos, y el sereno
contorno asume de una griega copa.

II

Así la contemplé: convulsa y alta,
pálido el rostro, desdeñosa apenas,
sintiendo cómo en las azules venas
de su cuerpo la sangre hierve y salta!

En mis supremas ansias amorosas,
urgido por la sed que me abrasaba,
el ánfora tomé donde espumeaba
sacro vino de chispas luminosas.

Rodó la lina como sierpe de oro
por la inviolada nieve de su busto
hasta el cáliz del íntimo tesoro;

y en el afán nervioso del viajero
que salva a prisa el arenal adusto,
hundí los labios y agoté el venero.



El Buey

QUINCIDO al carro con rural paciencia
va el buey que al paso los manojos muerde:
su ojo glauco no copia el campo verde,
sino un cielo de gris opalescencia.

Al agitar su cascabel sonoro,
alégrase el labriego en la alquería,
y a los reflejos últimos del día
de púrpura es la piel, los cuernos de oro.

Con su cola en penacho se golpea
la clámide carnosa que chorrea
en amplia colgadura. Melancólico

camina sin mugir, como escapado
del relieve por Fidias cincelado,
o de Bión, del exámetro bucólico.

Negro y Oro

DE una taberna en el rincón oscuro
que el oro de la luz bañaba apenas;
ebrio de mosto, de ilusión y penas,
tallando un verso decadente y puro;

al iris de su antorcha de Aladino,
el soñador neurótico bebía
en su sed de infinito, la ambrosía
trocada por el hado en pobre vino.

Era el tugurio la mansión silente,
do en copa de ónix gélido nephente
le brindaban astrales hermosuras;

y, con su exangüe mano temblorosa,
en el arpa de cuerda quejumbrosa
rimó sonetos de ocras bordaduras.

Consagración

ABRIÓ la tarde su oriental paraguas
de sedas lilas y de ramas de oro,
y al decirle lo mucho que la adoro
hubo en las fuentes un suspiro de aguas.

En la bíblica paz, valio de fraguas
activas derramaban su tesoro
de estivales ardores, y un sonoro
batir de plumas y rozar de enaguas

despertó del ambiente la pereza,
do triunfaba el olor de los sulfatos.
Polen, savia, epidérmis y corteza,

se estremecían en amantes creces,
y en el urgir final de mis conatos
bebí en su cáliz pleno hasta las heces.

El baño del Centáuro

BLANCO de ensueño de polares días
en la paz de la noche fosforece;
la cumbre del Oíta se emblanquece
de la nieve en las lentas agonías.

La bruma azul rayada con estrías
de luz, como una gasa, se estremece
con el galope, cuyo estruendo crece
al acercarse a las riberas frías.

Salta en astillas el cristal deshecho,
cuando, convulso, se debate el pecho
épicamente en bulliciosos giros;

y, al hundirse de nuevo, el agua pura
aprisiona el carbón de la cintura
del monstruo, con un lazo de zafiros.

A Julio Florez

(EN SU CORONACIÓN)

Onorato l' altissimo poeta.
Dante

DONDE florece el numen, al rimbombo
del Tequendama, rey de mil clamores,
y forjaron los brazos redentores
la esbelta lanza y el escudo combo;

allí, del iris bajo el viejo dombo,
—palenque de titánicos rigores—
vino al mundo del canto, Julio Florez,
hermano, no rival, de Silva y Pombo.

Con la fe del instinto, en rauda vuelo,
tendió las alas de precoz polluelo,
que seduce la luz con su espejismo;

y ebrio de audacia, en su carrera franca,
posó en un plinto de la cumbre blanca
para mirar sin vértigo el abismo.

II

Excelso vate que el morder soportas
del áspid (1) invisible que te hiere,
y, como el sol que deslumbrando muere,
al calor de los versos te confortas.

Sólo te restan ya, tristes y cortas,
horas de angustia que jamás difiere
el implacable síno, que no quiere
ver más las almas por tu verbo absortas!

Cuando aún le queda a tu cerebro fuego
con que alumbrar tu soledad modesta,
como en los días del civismo griego,

colmando así los nacionales votos,
te da Colombia en resonante fiesta
la guirnalda de rosas de sus sotos.

III

Tal el cantor de la hechicera Armida
víctima fue de la apolínea rama:
abre el bardo las puertas de la Fama
y se cierran tras él las de la Vida!

Salve inspirado y férvido lirida!
La juventud de América te aclama,
porque en su pecho derramaste llama
de amores en incendio convertida.

(1) El cáncer del maxilar inferior que tiene al Poeta a las puertas de sepulcro.

CAJA DE CROMOS

Así fue Vate como tú, el Rabino
que nació bajo estrella de tormento
para cumplir también vario destino:

Caudillo de la Fe que mundos crea,
Redentor del humano pensamiento
y Homero celestial de otra Odisea!



Tríptico de Gloria

EL HOMBRE

EN las riberas que el Caribe baña
y su nadante orquesta de sirenas,
en las noches del trópico serenas,
con dulces cantos al marino engaña;

en fértil tierra que a la voz potente
de Colón, vencedora de las brumas,
como el nenúfar entre hervor de espumas,
brotó, feliz, para la lucha ardiente:

allí, la luz de mágicos reflejos,
vió el Paladín futuro, mientras lejos,
en un cielo vernal de oro y granate,

volaba el cóndor de impoluta gola,
y en la llanura, al desflecar la cola,
pifaban los corceles de combate...

La Ciudad

DE esbelto monte en la mullida falda,
como se tiende una odalisca joven
para escuchar arpegios de Bethoven
en su diván de felpas de esmeralda:

así, descansa en placidez morosa
la ninfa de los Andes infinitos;
y, jónicos panales exquisitos,
son la delicia de su labio rosa.

Yacente, cual la mórbida Desdémona
del bardo inglés, que en el lujoso tálamo
el cuello dobla de gentil anémona;

al regalo sedoso de la alfombra,
sueña Quito venturas bajo el álamo
que le brinda el beleño de su sombra...

La Batalla

MIRADLOS, son los héroes que el radiante
sol ha curtido en bélicos rigores,
y que el cáliz de todos los dolores
jamás alteró el bronce del semblante!

Por los flancos a pico del Coloso
que ostenta casco de inviolada albura,
trepan las huestes con marcial bravura
llevando, enhiesto, el tricolor glorioso.

En un fragor terrífico de patas,
treme la masa del volcán salvaje,
raudos, corren, arroyos escarlatas...

La Victoria, en la tarde que declina,
suelto el blanco prodigio del ropaje,
para besar al Vencedor, se inclina!..

POEMAS Y VERSIONES

El suicidio del Cóndor

A CARLOS A. FLORES.

COMO una inmensa y desbordada pira,
el sol estivo los espacios baña;
dilátase a la vista pampa agreste,
donde la mies que el vendabal azota,
al inclinarse, con amor suspira;
y la vieja montaña
luce su casco de triunfal cimera,
en la que hirsuta la neblina flota
a modo de blanquísima erinera.

**

Inquietos a juzgar por sus tremantes
cabezas rojas, calvas,
soportadas por cuellos membranosos
orlados con gorgueras finas y albas;
cuando corren los vientos sibilantes
por las vastas llanuras polvorosas,
sus músculos de bronce
mueven el ala en estridor guerrero;

y el torvo mensajero
de los difuntos Incas,
desde el nublado que lo oculta, otea
la entrada del abismo
y el cono en que la nieve
de mágico relieve
en largos hilos de frescor chorrea.

* *

Con pretaucia de antiguos caballeros,
por la campiña van, y se creyera
que la fuda—al andar—de los aceros
les recogiera el canto de la capa
de plumas relucientes.
La garra abierta en escamosa chapa,
avanza firme remedando el golpe
de espuelas estridentes.
Inmóviles de pronto y sorprendendidas,
las grandes aves negras escucharon
el eterno coloquio de las cumbres
con los valles de opacas avenidas,
por las que en lúbrico tropel cruzaron
caderas y pezuñas confundidas.

* *

Pletóricos de fuerza, ebrios de espacio,
con furioso aleteo,
de ras del suelo al dombo del palacio
de Febo se levantan:
la mirada del hombre los asecha
en su bogar frenético o tranquilo,
y ufano de surcar el éter libre
es cada cóndor una airosa flecha.

Ya se los ve escoltando frágil nube
 que vaga hacia el Poniente
 en la forma de carro de un querube;
 o, en el límite azul del horizonte,
 sobre el abrupto cono de algún monte
 describir silenciosas espirales,
 enredándose al paso
 con girones de nieblas siderales.



Hacia el cadáver de un corcel tendido
 en la esmeralda de la fértil grama,
 los cóndores hambrientos
 rápidos bajan en ruidoso enjambre.
 Combate es el festín: terrible llama
 despiden las pupilas; con violentos
 aletazos dispútanse la fibra
 y la pulpa sangrienta,
 hasta que, al fin, el luchador más fuerte
 en la batalla por la presa, airado
 condena a los demás a fuga o muerte!
 Si de robusto cazador furtivo
 la mano coge con audaz impulso,
 junto al rojo botín un cóndor vivo,
 hispido, ronco, tétrico y con vulso
 el temible animal forzar intenta
 el lazo que lo oprime;
 mas, la diestra viril no lo redime
 sino cuando, implacable, le revienta
 con agudo punzón el ojo ardiente;
 entonces huye, exasperado grita
 pidiendo auxilio a las dispersas alas
 que, prontas, llegan al clamor doliente,

F. J. BALQUEZ AMPUERO

y fatigado ya se precipita
entre el espanto de carrera loca,
desde el zenit hirviendo en rayos de oro,
contra el puñal desnudo de la roca.



El Genio, hasta la Gloria,
se encumbra con empuje soberano;
y como el rey suicida de los aires,
harto ya del acíbar de los necios,
contra el peñón del sufrimiento humano
se lanza sin un gesto ni una queja
con el más varonil de los desprecios!



A una Malabaresa

(DE CH. BAUDELAIRE)

TUS pies, como tus manos, son finos; tu cadera
firme bloque-es envidia de la blanca altanera.
Artista pensativo, prefiere tu modelo
suave como es el vello de oscuro terciopelo.
Tus grandes ojos de ónix, coloración más viva
ostentan que tu pulpa de morbidez lasciva.
En tus azules islas de pámpanas y ramos
tu oficio es ir cebando la pipa de tus amos,
llenar con agua fresca de claros manantiales
y exóticos perfumes, redomas de cristales,
lanzar del amplio toldo de leve muselina
la ronda de mosquitos que zumba en la cortina;
y en medio de la pompa triunfal de la mañana
comprar en los bazares la fruta de oro y grana,
Cantando muy bajito tus viejos aires mudos,
diriges por doquiera los negros pies desnudos;
y al extender la tarde su púrpura procera
tu cuerpo fatigado reclinas en la estera,

F. J. FALQUEZ AMPUERO

y fatigado ya se precipita
entre el espanto de carrera loca,
desde el zenit hirviendo en rayos de oro,
contra el puñal desnudo de la roca.



El Genio, hasta la Gloria,
se encumbra con empuje soberano;
y como el rey suicida de los aires,
harto ya del acíbar de los necios,
contra el peñón del sufrimiento humano
se lanza sin un gesto ni una queja
con el más varonil de los desprecios!



A una Malabaresa

(DE CH. BAUDELAIRE)

TUS pies, como tus manos, son finos; tu cadera
firme bloque—es envidia de la blanca altanera.
Artista pensativo, prefiere tu modelo
suave como es el vello de oscuro terciopelo.
Tus grandes ojos de ónix, coloración más viva
ostentan que tu pulpa de morbidez lasciva.
En tus azules islas de pámpanas y ramos
tu oficio es ir cebando la pipa de tus amos,
llenar con agua fresca de claros manantiales
y exóticos perfumes, redomas de cristales,
lanzar del amplio toldo de leve muselina
la ronda de mosquitos que zumba en la cortina;
y en medio de la pompa triunfal de la mañana
comprar en los bazares la fruta de oro y grana.
Cantando muy bajito tus viejos aires mudos,
diriges por doquiera los negros pies desnudos;
y al extender la tarde su púrpura procera
tu cuerpo fatigado reclinas en la estera,

F. J. FALQUEZ AMPUERO

y fatigado ya se precipita
entre el espanto de carrera loca,
desde el zenit hirviendo en rayos de oro,
contra el puñal desnudo de la roca.



El Genio, hasta la Gloria,
se encumbra con empuje soberano;
y como el rey suicida de los aires,
harto ya del acíbar de los necios,
contra el peñón del sufrimiento humano
se lanza sin un gesto ni una queja
con el más varonil de los desprecios!



A una Malabaresa

(DE CH. BAUDELAIRE)

TUS pies, como tus manos, son finos; tu cadera firme bloque-es envidia de la blanca altanera. Artista pensativo, prefiere tu modelo suave como es el vello de oscuro terciopelo. Tus grandes ojos de ónix, coloración más viva ostentan que tu pulpa de morbidez lasciva. En tus azules islas de pámpanas y ramos tu oficio es ir cebando la pipa de tus amos, llenar con agua fresca de claros manantiales y exóticos perfumes, redomas de cristales, lanzar del amplio toldo de leve muselina la ronda de mosquitos que zumba en la cortina; y en medio de la pompa triunfal de la mañana comprar en los bazares la fruta de oro y grana. Cantando muy bajito tus viejos aires mudos, diriges por doquiera los negros pies desnudos; y al extender la tarde su púrpura procerca tu cuerpo fatigado reclinas en la estera,

donde se enjambran sueños de abejas carmesíes,
graciosos y floridos, como tú cuando ríes.
¿ Por qué, dichosa niña, pretende tu ignorancia
ver el sufrir eterno de la distante Francia,
y fiándote a los brazos de toscos marineros
dejar los tamarindos y esbeltos cocoteros?
Tú, que en fugaces telas, bajo las frondas riarchas,
temblando allá a los besos de fríos y de escarchas!
cómo echarás de menos tus ocios tibios, francos,
cuando el corpiño oprima tus cadenciosos flancos;
y te será preciso buscar en el suburbio
el pan de cada día en el arroyo turbio;
vender la esencia rara de acre vapor de incienso
a flor de piel nacida para el placer intenso,
y seguir con los ojos videntes del deseo
de los árboles patrios el dulce balanceo.



Ante el Trono

(EN LA CORONACIÓN DE SU MAJESTAD SUSANA 1ª)

SOVERANA viajera que de los claros ortos
del país del Ensueño regresas a tus lares;
entre fieles vasallos, de contemplarte absortos,
permíte que me acerque temblando a tus altares;

y allí quemé la estrofa de elogios, que es incienso:
de nubarradas de oro para el azul santuario.
No extrañes, príncesita, que en el clamor inmenso
de tu corte resuene la voz de un solitario.

No extrañes que mi verso de parnasiano estilo
despliegue en tu apoteosis sus alas, reina mía:
¡amo el candor glorioso de la Venus de Milo
y el ritmo de la Maja febril de Andalucía!

Permítele al que ciñe la corona de espigas
del Estro, que en tu cerco de luces prodigiosas
detenga sus miradas: ¡las almas quiméricas
se inebrian con el fuego de gemas primorosas!

Jarrón de Flores

(DE TH. GAUTIER)

Al viejo poeta y mi amigo Enrique Gallegos Naranjo.

COMA el niño, al correr, una mañana,
pobre grano que siembra en el florero
de selecta y antigua porcelana
que ornan dibujos del Japón guerrero.

Pasa el tiempo y las frágiles raíces
gracioso arbusto cimbrador sustentan,
hasta que al fin robustas y felices
las paredes del búcaro revientan.

Vuelve el infante y mira sorprendido
que del ánfora rica hecha pedazos,
como un haz de puñales verdecido
se eleva el tronco de movibles brazos.

El tallo entonces arrancarlo quiere
al recio impulso de su joven mano,
que con el dardo vegetal se hiere
en el intento peligroso y vano.

CAJA DE CROMOS

Tal, la pasión germina en nuestro pecho:
sembrar pensamos una flor sencilla
y es un cactus el que álzase a despecho
rompiendo el vaso de lujosa arcilla...



Los Caballos

A MI PADRE.

BAJO el hayal que en el lujoso valle
vierte sombras de estrofa virgiliana,
apretado el ijar, convulso el cuello,
ancho de pechos, de redonda grupa,
en la pompa triunfal de la mañana,
abierta la nariz por el resuello
que sale en hilos blancos;
pace un estol de cándidos bridones
que se azota los flancos
con la sedeña cola,
y al tremer de sus finos corvejones
con donaire la riza y enarbola.

Lejos de la yeguada retozona
de túnicas de nieve,
que en los arroyos cristalinos bebe,
discurren los caballos
en la quietud del valle nemoroso;
dignos por el prestigio de sus galas,
no de inútil reposo

ni de trotar en la feraz llanura
 al metálico golpe de sus callos,
 sino de abrir las encendidas alas
 de los corceles que, de polo a polo,
 relinchando nerviosos, con tenidos
 por la vibrante fusta, van uncidos
 a la cuadriga espléndida de Apolo.

Quema las tierras el febril bochorno
 del verano fecundo, y en los trigos
 hay un tufo de panes en el horno.
 Es tiempo de la siembra bienhechora,
 cuando la reja del arado hiriente
 se vuelve de oro al fuego de la siesta
 que ramas, frutos y corolas tuesta.
 Vivaz la oreja y la cabeza en alto,
 sintiendo el cálido aguijón del celo,
 los ojos con reflejos de crepúsculos,
 quieren salvar en prodigioso salto
 la rubicunda infinidad del cielo
 a todo el brío de sus tensos músculos.
 I aspirando en las lúbricas carreras
 el perfume de gráciles crineras
 al amor de la brisa escarmentadas;
 recorriendo budiales y peñascos,
 más veloces que pájaros al viento
 y que trémulas flechas, con sus cascos
 erguidos sobre tímidas potrancas,
 soñaban con manchar de sangre y lodo
 la esponjosa blancura de las ancas.

Bajo la parda bruma de la noche
 o en la dorada ebullición del día,
 el palacio erigía
 su domo de cristal resplandeciente.

Colosos de granito soportaban
los anchos capiteles y los frisos
tallados por magníficos artistas;
y las plebes atónitas miraban
al través de festones y de aristas
calados en encaje,
nacaradas, cual nunca, las estrellas.
I, cerca de los mágicos jardines,
donde triunfaban mil especies bellas
de flores que alegraron los festines
de la pomposa corte;
con sus muros ceñidos
por los brazos de ingente madreSelva;
al abrigo del viento que del Norte
sopla iracundo, están las galerías
del nuevo Augias que vive delirando
con el prodigio de sedeñas pieles
y el arranque proceros de sus crías
de nerviosos y férvidos coreeles.

Ellos son los que vuelan al combate,
sintiendo cómo rasga el acicate
la gualdrapa de carne reluciente;
los que en el triunfo al cielo encabritados,
diseñan la figura armipotente
de los Héroes erinados;
los que en medio del pánico creciente
de las tristes derrotas,
al resplandor de plata
de la luna que ríela en los remansos,
entre el crujir de las lorigas rotas,
con escarceos mansos,
laman el rostro del ginete muerto
sobre el césped manchado con la sangre
que fluye el pecho por delante abierto.

Éste es el síno que la vida guarda
a los que son en la batalla ruda
y en la eglógica paz de la floresta
modelos de elegancia y valentía;
cuando no quiere la desgracia impía
que en la triste vejez presten ayuda,
hundidos en el barro,
al ventero de traza miserable
que entre coplas y torpes juramentos
lleva a la feria su crujiente carro.
O que en alegre tarde del estío,
o en la función del redondel polvoso,
ciegos y sordos al gritar bravío
de los magnates y las plebes bajas,
espiren en desangre torrentoso
entre el batir del manto de las majas.



Amanece

(DE SULLY PRUDHOMME)

Al señor Dr. Domingo B. Castillo.

¡SILEGA el alba con leves sonrojos
y preludios de vaga alegría
al espíritu más que a los ojos,
cuando aún no es ni la noche ni el día.

Y parece que aguarda la tierra
la inminente caricia del sol:
hay un alto en la vida, en la sierra,
y en los llanos, fugaz arrebol.

De los cuervos y bestias nocturnas
el errante clamor ha cesado,
y el enjambre de voces diurnas
del cortijo no ha comenzado.

Sólo un gallo nictálope puebla
el espacio de hostil clarinada,
y en los húmedos cielos la niebla
no se sabe si es gris o azulada.

CAJA DE CROMOS

Flota y crece con grácil desgreño
en las rutas vapor opalino,
que semeja la fuga de un sueño
ante el beso de sol matutino.

Bajo gasa de aljófares fina
duerme el prado de mies odorante,
y su malla sutil no ilumina
el ardor de furtivo diamante.

Como suele el magnífico espejo
de la novia lanzar un latido
de blancos de lis, da un reflejo
de su nácar el lago dormido.

Madrugando, la virgen paisana
a las gentes del barrio sonríe
desde el marco de alegre ventana,
donde el hielo a la luz se deslíe.

Hay un soplo que a ratos aumenta.
Al vibrar claridad triunfadora
el oscuro horizonte revienta
y saludan los nidos la aurora.

Allá abajo, en la gleba rosada,
sube al cielo de alondras un coro,
y camina purpúrea vacada
enristrando sus cuernos de oro.

Guillermo II

(DE EMILE VERHAEREN)

A mi muy amigo Alfonso Arzube Villamil.

¶ la luz de los grandes candelabros
que en las fiestas de Potsdam derramaban
siniestra claridad de descalabros;
del soñador neurótico
los ojos extraviados evocaban
diversas actitudes de mal gusto
de príncipes juglares;
al tiempo que en los oros de la noche
las placas de su busto
rielaban como hermosos luminares,
y el soplo de su verbo
enfático y acerbo,
rudo cual la corteza de un carrasco,
estreñecer hacía
el sable que del cinto le pendía
y el plumaje de nieve de su casco.



Con el impulso de aquilón furente
 salva los lindes de su vasto Imperio,
 de punta en blanco armada
 su figura insolente,
 un halo de misterio
 la envuelve; y a pesar del uniforme
 que cambia con frenético entusiasmo
 entre el inmenso pasmo
 de su Corte, no pudo al *diablo mundo*
 nunca ocultar la manquedad deforme.

**

Como una torre, su feroz orgullo
 la tierra desafiaba;
 y así le parecía
 que a conjurar bastaba
 las leyes del destino
 el ceño adusto que en su rostro había.
 Ayer Jerusalén, Bagdad más tarde,
 luego Tanger, la China, el mundo entero,
 eran para él un trampolín ligero,
 do entre piruetas de marcial alarde
 se ejercitaban bajo el amplio domo
 de cielos diferentes,
 su luengo zanco y su flexible lomo.

**

El verano norteno
 lo vió en sus tardes pálidas surcando
 las grises ondas en su *yacht*. Un sueño
 de leyendas de rubios paladines
 su mente acariciaba;
 y embozado en la flámula de armiño
 de Lohengrin, de pié sobre la prora

Croquis de Oriente

A Leopoldo Izquieta Pérez, fraternalmente.

EN la torva quietud de una mañana
quemante del Desierto,
a lomo de camello, a *grandes pasos*
mide el vasto arenal, la caravana,
con la ansiedad de quien espera al puerto
llegar después de un angustioso viaje.
Y más lejos, cual nube tormentosa,
los centauros de Arabia, los bravíos
y ágiles hombres que en veloces yeguas,
tostados al fulgir de los estíos,
ciñendo el cándido alquicel del moro,
sin conceder a la venganza treguas,
galopan en hirviente muchedumbre
bajo horizontes infinitos de oro.

**

Empaña el cielo en combustión, la sombra
fatídica del buitre
que llega en busca de botín, enfermo

de hambre, copiando en la ondulada alfombra
 su escañalida figura;
 y, mientras hiende la radiosa altura,
 se creyera que flota en el vacío
 el tenebroso espíritu del Yermo.
 ¿A dónde se encamina
 la gente beduína,
 mísera tribu de vagar gitano?
 Marcha a prueba de hastíos y rigores,
 en hondo olvido del aduar lejano,
 al soñoliento avance de las piernas
 de las gibosas bestias, tras las flores
 del pensil y sus límpidas cisternas.
 Vieron el Cairo, cuyas torres blancas,
 la luna del Oriente,
 niqueladora del palmar convulso,
 baña en las ondas de su luz muriente.
 A las vellosas ancias
 cargan el fruto rico del pillaje:
 cintillos, sedas, nácares y gomas
 que aquella gente de feroz instinto
 y de valor salvaje,
 robó hasta el punto de sacar el rostro
 en tibia sangre de adversarios tinto.

**
 *

Allá la aguarda con su jugo fresco,
 con el satín de quitasól agreste
 la palmera, y luciendo el atavío
 de un ceñidor de juncos pintoresco,
 con su flauta de perlas y corales
 llama a sus bordes a jugar el río
 tímidas garzas de plumón celeste.

Al Oásis de luz también van *éllas*,
pálidas hembras de mirar uraño,
de prominente busto
y gitanescos aires turbadores,
que en el arco macizo del camello
cantan en ritmo de langor extraño
para calmar recónditos dolores.

* * *

Quién sabe si mañana
—al plegar su abanico de luceros
la noche!—cuando en explosión de grana
surja la aurora, miren los viajeros
de bronceíneos semblantes
y filudos aceros,
que de aquellas ardientes islamitas
que el erial, como rosas, perfumaron,
sólo quedan sus largas y tremantes
crineras que en las brumas infinitas
y al volar de los férvidos bridones
ofrecen la ilusión, por lo distantes,
de un airoso batir de pabellones.



Lamentos del Cíclope

(DE HENRY DE REGNIÉR)

Al Excmo. Sr. Ed. Clavery, Ministro de Francia,
en testimonio de estima y amistad.

“**C**Ú, que con leve soplo
en el aire derramas
las hechiceras gamas
que suben de tu flauta en espirales
al azur; y que há tiempo el mar sagrado
—a su orilla sentado—
de grana o rosa revestido admiras,
según que el sol en su latir alterno
notas de luz o sombra lance al mundo;
oh, tú que en los ponientes melancólicos,
por el trillo de flores
que nace en la pradera
y concluye a la puerta de tu casa,
a los sonos bucólicos
de la tarde, regresas complacido
de la dicha que en suerte te ha cabido;
porque tu perro es fiel como el rebaño
de tus cabras de pródigos racimos
y tienes todo el año

en los caireles de tu parra ardiente
ámbar cuajado en glóbulos opimos;
puedes - ya que el vivir te reconcilia
con el Hado—olvidar que en las florestas
de la verde Sicilia
y en sus trigales de oro,
misterioso secreto
se oculta a los humanos.
Dirige con respeto
tus absortas miradas
a los cielos arcanos,
donde la cima humea
del Etna que, en la noche,
incansable rojea;
y cuando ya regreses
al hogar semioculto por las mieses
de tu campo, que vayan adelante
tus lebreles y cándidas ovejas.
Luego aplica el oído
al suelo conmovido
y escucharás entonces
el eco subterráneo
con que gimen partiéndose los broncees.

* * *

«Somos los que bajo la negra capa
que enérgico estremece
el aliento vital de nuestros pechos,
mientras del cráter, lívido se escapa,
entre cuarzos deshechos,
airón de fuego en cuchillada inmensa,
boleamos el martillo
al fulgor amarillo
de los hornos, bañadas las figuras

de sudores quemantes
 con que el torso reluce;
 fundiendo el mineral que corre y luce
 como rojiza sierpe,
 por los cauces de greda,
 donde al enfriarse convertido queda
 en el marcial trofeo.

Bajo la acción intensa de la orgía
 del fuego en crepitante pedrería,
 ebrios vivimos del olor a cobre
 que en la cólera santa
 de templar sin descanso
 —para que el nervio actividad recobre—
 se filtra por la red de la garganta.

Luego que hierve el oro
 se liga con argento
 y gana en brillo y fuerza.

Acordados el brazo y el aliento
 en la lucha tenaz con los metales,
 el yunque en chispa forja
 con un ampo al remate endurecido,
 finas espadas de elegante gorja
 y lanzas de reflejo encandecido.

Bien podemos decir que la batalla
 salió del antro del Titán herrero.
 Sirvió de orbe al escudo el ojo verde
 enjorado en la frente de los Cíclopes,
 y modelo de fúlgida coraza,
 la espalda fue que entre ceniz de escoria,
 bajo el techo de muda galería,
 se encorva en el trabajo oscuro y alto
 de fabricar con bronce formidable
 las puertas de la Villa de basalto
 para dioses de mármol perdurable.

* * *

«Aunque sumidos en profunda noche,
los Cíclopes hubiesen
cual los hombres amado
el h ervido derroche
de la pira del sol en el brisado
horizonte del mundo,
pero son de la estirpe
infeliz prisionera de la sombra!
Brotan al ritmo de fuego de los hornos
sudor que corre en abundantes hilos,
mientras la fuente se desliza en calma
bajo el toldo de ensueños de los tilos;
y la ninfa en los h umedos espejos
al mirarse desnuda
con malicia sonríe.
Nunca secó la brisa nuestros músculos.
Bella es la tierra. Sus gentiles rosas,
incensarios de todos los crepúsculos
y en las que triunfa la divina sangre
de Ad nis, no se hicieron para el ojo
solitario del Cíclope.
Si alguno tiene el malhadado antojo
de asomarse al dintel de la caverna,
espasmo loco siente la Natura:
mastines y rebaños
se dispersan en todas direcciones,
y el ave no halla protección segura
sino en el rapto de medroso vuelo.
No vale que, los miembros estirando,
busque el proscrito en el felpudo suelo
bajo los besos de la luz, reposo;
interrumpen el canto las mujeres
y corren a esconderse en los follajes
o en la gruta de ramos coralinos,
Lycoris y la blonda Galatea;

y enmudece el rabel de los pastores,
 si el viento que hace estremecer los pinos
 cesa al andar la sombra gigantea.

**

«Los Silvanos barbudos
 nos lanzan los filudos
 guijarros del camino,
 y les hace reír el empañado
 cristal de la pupila arrebozado
 en el capuz del párpado cetrino.
 Es cierto que fatídica costumbre
 de habitar las tinieblas, roncós, feos,
 nos hizo; que la maza
 encalleció la mano, y que la lumbre
 espectral de los hornos
 abrasó los semblantes.
 Sentimos todavía
 de la forja las ansias apremiantes,
 y en el batir rabioso de los fuelles
 que nos estalla el pecho se diría.

**

«Deja ya que la dulce primavera
 enflore la pradera
 y no adventures la errabunda planta,
 Cíclope bondadoso,
 por tierra que así paga tus amores.
 Al oscuro trabajo conocido
 vuelve, que tiembla en explosión de chispas
 la caldera, y las cuvas con hervores
 se convulsionan en sus anchos vientres.
 Los cielos no sonríen

sino a los trigos que glorioso dora
el sol que para tí no tiene aurora.
Vuelve a la noche del cubil eterna,
al bullicio infernal de ejes y grúas.
No te ocupes del hombre, y, a menudo,
obrero vencedor, pardo y nervudo,
en la excelencia de tu síno fía.
Tienes por cetro colosal martillo
y, por corona, el casco rutilante
del volcán que cimbreá
su penacho de ráfagas humosas.
Mañana, cuando al yunque resonante,
forje tu brazo la mejor presea,
no olvides que, como los dioses, haces
en prodigioso juego,
brotar ante los ojos deslumbrados
del bruñido joyel, rosas de fuego».



¡Italia!

(A LOS MARINOS DE LA R. NAVE «ITALIA»)

CUNA inmortal del numen de la guerra
 que, bajo el palio de tu azul sereno,
 diste vida y poder, honor y fama,
 al pueblo que, después de Trasimeno,
 se alzó más fuerte y respetable en Zama;
 nido de oro del Arte, en que Virgilio
 embocara su trompa resonante
 para cantar el tormentoso exilio
 del paladín Eneas;
 en el que, grave y vengador, el Dante
 bajó al imperio de las sombras reas,
 para ascender más tarde por la escala
 de sus tercetos, al plafón celeste,
 do Beatriz lo esperaba, con el ala
 plegada al modo de impoluto cisne,
 y *en fiamma viva de color*, la veste;
 yo te saludo, cuando rauda, esbelta
 se desliza tu nave por mis playas
 en su glorioso tricolor envuelta;
 y el beso manso y musical del Guayas,

de la amargura de los pontos libre,
es el retorno, con gentil empeño,
del largo beso que le manda el Tíbre!

No sufre menguas la procera Raza
que la vetusta Loba
criara a sus ubres—cálices repletos
de vigor ancestral —y la amenaza
de que borren futuros Caporetos
el rumbo de tus naves
que rompen olas y despeinan nubes,
desaparece al rugir la llamarada
del vasto incendio de los nuevos Piaves.
Bajo la acción de tu potente soplo
surgieron de los flos del escoplo
de Miguel Angel, dioses y titanes;
y el perla y grana que su cutis bello
ostentan Fornarina
y la Madona lánguida y discreta,
no es del Mago de Urbino, en la paleta,
sino un destello de tu luz divina.

Caballeros «sin miedo ni reproche»
lo sou todos tus reyes:
enemigos del vicio y del derroche
y los primeros en cumplir las leyes.
Tus reinas son graciosas coronadas
que extinguen de su pueblo los enojos:
hoy Elena de férvidas miradas,
luego Yolanda de los lindos ojos.

Eres clásico olimpo de Armonía,
y hay en tus verdes campos soledosos
y en tus montañas que la nieve enfría,
allegros para todos los placeres

y arpegios para todos los sollozos.
El canto es alma de tu pueblo: canta
tu victoria de ayer, que es el anuncio
del porvenir magnífico que encanta
la mente de tus hijos soñadores.
En el marmóreo verso de D'Annunzio
celebra a los valientes defensores
de tu fecundo suelo,
y no olvides que, al águila romana,
«le vino estrecha la mitad del cielo»



El Poema del Oleo

A Pablo Palacio.

L' enfant de Magdala, la fleur de Béthanie,
S' en alla vers Jésus qu' on nommé le Christ
Et parfuma ses pieds ainsi qu' il est écrit
Et la terre connut la tendresse infinie.

Anatole France.

ORA la tarde; cuando en lumbre de oro
del moribundo día
—desde el cono a la base— la montaña
verdinegra se baña
en los lindes de ignota lejanía.
La casa de Simón, en los follajes
oculta como un nido,
sus pórticos abría
a gente que, de todos los parajes,
llegaba con murmullo de colmena
a escuchar la palabra seductora
de la rosada boca nazarena.
Entre aquella entusiasta comitiva
—gordezuela y de lánguido semblante,
diademada de fúlgidos cabellos—
se acercaba la joven Magdalena
entornando al andar sus ojos bellos.
Allí, el Rabino, de espaciosa frente,

y voz tan dulce y pura
 como el arrullo de torcaz doliente,
 ganaba para el cielo corazones
 más que con razones
 con el bello candor de su figura.
 Algo tierno y sublime, de sus labios
 salió haciendo llorar a las mujeres
 y a los hombres poner el ceño adusto.
 Entonces, con eróticos resabios
 y en el semblante susto,
 descubrióse la rosa de Betania,
 y cayendo a los pies del peregrino
 que enrojeció, al mirarla, de vergüenza,
 después de humedecerlos con el fino
 perfume dentro un ánfora llevado,
 los engujó con su dorada trenza.

**

A los reflejos últimos del día,
 Jesús y la elegante cortesana
 muy juntos iban por extensa alfombra
 de rosales en flor. Santa alegría
 iluminaba el rostro del futuro
 Redentor de la humana
 prole de Adán. Con místico abandono,
 en una sola ondulación, la sombra
 de sus cuerpos gentiles, arrobados,
 se proyectaba sobre el verde tono
 de la sabana. A sus grietosos nidos,
 crotorando, pasaban las cigüeñas.
 Ella, en fiebre de gozo, blandamente
 descansaba en el brazo del Vidente
 que le habló con morosa pesadumbre:
 «—Dice el mundo que indócil y liviana

corres tras la proterva muchedumbre
de tus amantes. Pero el triste hechizo
de tus ojos azules, otra cosa
me cuenta con reflejos de amargura.»
«—Señor—con voz estremecida y suave,
como el trino de un ave—
le contestó a Jesús la pecadora:
víctima fui de la genial ternura
que mi pecho atesora.
Amé con tan inusitado brío
que afrenta he sido en la paterna casa;
amé como lo indica el rostro mío,
trasunto del incendio que me abrasa;
y si enorme pecado
fue entregar a los hombres mi decoro,
perdóname, Señor, que no he curado,
porque hoy las mieles de otro amor devoro...»

La voz de la mujer era un derroche
de musical blandura.
En fértiles madejas perfumadas
la rubia cabellera le caía
como un manto que el soplo de la noche
agitaba. Con paso igual medía
la pareja el camino
que iba a perderse en el espacio abierto
a las ávidas sombras; y el divino
Pastor habló las íntimas palabras
que en su eterna mudez guarda el Desierto...

Rosa

A mi idolatrada hija Rosamira Matilde.

DE cara al mar, el bloque de granito
con su tapiz de yedra,
en brinco enorme alzado eternamente
—como un reto de piedra—
parece que estuviera contemplando
con impasible saña lo infinito.
Todo es grandioso allí. Sangrientas nubes
desfilan hacia el Norte
en cúmulo fantástico espesadas,
y su atrevido corte
les da aspecto de tropas derrotadas.
Pero también hay algo que conmueve
en la imponente roca:
el alma grave y triste
de la mujer que asiste
sin cesar, desde lo alto de la cala,
al partir del alegre marinero,
cuyo batel ligero
en vagorosa libertad resbala.

* * *

En lugar a cubierto del asalto
infatigable del tremendo olaje
que azotaba el picacho de basalto,
la gente pescadora
humilde templo levantó a María.
Al despuntar la aurora
y cuando el sol espléndido moría
tras la barra de espuma
del piélago rugiente;
caladas por la bruma
y con la toca al viento,
irguiendo el tono de sus voces frescas,
lindas mozas de rostros colorados
como las amapolas,
iban rezando hacia la hermita blanca
por los que fueron a las rudas pescas;
en tanto que las olas,
contra el peñón salvaje
en nácar por las algas convertido,
deshacían el rútilo plumaje.



¡ Lirio del cielo, vespertina albura
que, del fragor de los gigantes tumbos,
próvida alejas las endeblés quillas
y enderezas sus rumbos
al abrigo de fértiles orillas:
¡ María!, que en el alma y en el ponto,
con segura eficacia,
la tempestad disuelves en rocío
por obra de la gracia
inagotable de que vives llena,
como de néctar púdica azucena:
para el humilde nauta solitario

del Mare Nostrum eres
luz y brisa venidos del Santuario
a las zurcidas lonas
que, en balanceo suave,
llevan el barco por lejanas zonas!

**

Junto a la puerta del hogar, la viuda
del marinero y su gentil retoño,
los dos vestidos de colores negros
pensativos están entre las luces
de una tarde de otoño.
Turbio arroyuelo murmurando pasa
frente a la vieja casa,
y más allá, con desiguales cruces,
bajo tupidas frondas
corre hacia el mar que, férvido, batalla
por abatir la empenachada cresta.
Recorriendo los puntos de la malla
conversan dos robustos pescadores,
y garrida muchacha ve la fiesta
con que celebran en los cielos pálidos
las nevadas gaviotas sus amores.

**

Aunque el orto magnífico sonría
y el mar se cuaje de hervidores copos,
la viuda no podría,
al contemplar el puerto,
olvidar en las tardes melancólicas
la triste escena del esposo muerto.
¡Oh, mar azul, tu feridad oculta
quién descubrir pudiera;

quién precaverse del sutil engaño
que en tus osarios de coral sepulta
al barco inerme y al audaz piloto!
Sació tu rabia el implacable anhelo
de convertir en duelo
la dicha de un hogar pobre y sencillo;
y hoy junto al casco roto
que las arenas raya,
a la agónica luz del sol poniente,
el huérfano inocente
y la mujer del pescador difunto,
sollozan abrazados en la playa.



«Culpa fue de su noble valentía,
la madre le decía
al niño que, medroso, la escuchaba.
En la noche de luna de un verano,
el infeliz Mateo,
al mismo tiempo que me dió la mano
ante la imagen de la Santa Estrella;
con la dulce embriaguez del himeneo
su labio me juró: «No más los mares
verán mi barca expuesta a los azares
que tanto espantan a mi Rosa bella.»
Pero nunca el marino
pudo cambiar el bárbaro destino
que lo condena a la incesante lucha
de trágicos horrores,
en la que son el vendabal y el hombre
dos rudos y enconados gladiadores.
Jamás las ondas con mayor coraje
combatieron la costa acantilada.

«Entre densos girones de neblina
 flotaban los contornos del paisaje.
 ¡Horrible tiempo! ¡Tarde desgraciada!
 Tu padre con nosotros a la mesa,
 su bendición sagrada
 impartía al producto de las redes.
 Terminada la cena echó los ojos
 por la revuelta orilla
 y exclamó: «Malos vientos
 para el loco que lance su barquilla
 a retar los airados elementos.»
 Luego se fue tranquilo,
 fumando siempre, a la ríscosa playa,
 donde llegaban las enhiestas olas
 a deshacer sus hérvidos airones,
 y viéndolas rodar en mil cabriolas
 saltaban de placer nuestros varones.

*
*
*

«De imprevisto, en la bruma
 se destacó un esquife
 de lamentable facha
 que avanzaba, después retrocedía,
 y, al fin, cubierto de rabiosa espuma,
 contra los picos de áspero arrecife
 lo arrojó desarmándolo la racha.
 Mi amor que te lo cuenta
 no logrará decir de aquella tarde
 las múltiples angustias.
 No era Mateo quien mirar pudiese
 con indolencia el infortunio ajeno.
 Rudo en el trato y en el fondo bueno,
 siempre estuvo dispuesto al sacrificio:
 no le manchó el vicio

con el inmundo pringue de su cieno.
Me parece que le oigo:
«Cortad el cable! Sin tardar! Un bote!
Este es gran día! Venga *Abanderado!*
Y la gente resuelta al salvamento
puso a flote el lanchón embarrancado,
que al retirarse en blando movimiento
dejó un cance de légamos de plata.
Era retar al cielo! Una imprudencia
que al bravo marinero hiere o mata!
Llevada por atroz presentimiento,
con el llanto en los ojos,
la maniobra seguí de los valientes
que, con tu padre, en ronca gritería
que dominaba con su voz severa,
en una débil lancha se embarcaron
para la lucha con la mar bravía.

**

«Era la hora en que los dos solemos
visitar en otoño la ribera.
Todavía percibo de los remos
el golpe atropellado.
Con grandeza imponente manejaba
la frágil barea que el turbión cogía
rugiendo de costado.
Alguna vez el rostro dirigía
hacia mí que, llorosa le mandaba
mi último beso en alas del nublado
implacable y veloz, como la ola
que el cielo con sus lodos salpicaba.
Y ninguno volvió del triste viaje...!
Ese mar que, rizada la melena,
lame hoy la costa, niño bondadoso,

es un león que sufre la cadena,
 pero que luego brincará rabioso
 sobre la presa que en su calma fie.
 Ese mar, no le surques, no le entregues,
 como tu padre juventud y vida.
 Si me quieres ¡por Dios! sé de tu casa,
 de tu vieja infeliz que te convida
 a que no te separes de su lado.
 Al antiguo pesar otro no agregues,
 deja que rueden las postreras horas
 de mi existencia, viéndote librado
 de las pérfidas aguas bramadoras.»

**
 *

Callaba el niño. En su pupila un rayo
 de precoz entusiasmo aventurero
 brillaba como un tímido lucero
 en el fondo lejano del crepúsculo.
 Nada pudo apartarle del camino
 que, con la fuerza maga del destino,
 sus pasos dirigía
 al rudo aprendizaje de las ondas.
 Y cuando, libre, hacia la mar corría
 los húmedos cabellos al desgaire;
 desde la playa, viendo las espumas,
 como rosas de pétalos de nieve;
 inflados los pulmones por el aire
 rico de yodo y de átomos de lumbre;
 en el diario bregar de las chalupas
 con la borrasca que los tiosos focos
 encorva o quiebra; el infantil piloto,
 ebrio de oír los bulliciosos toques
 de los clarines bélicos del Noto,
 sintió que bajo de la piel rosada

latía el mismo nervio
del viejo lobo que tenaz, soberbio,
halló en el mar su tumba ambicionada.

**

Volaba el tiempo y la afición seguía
deslumbrando la mente
del hijo de Mateo,
sin que llegase el suspirado día
de cumplir el deseo
de lanzarse a la mar valientemente.
En el desván de claridad escasa,
escondrijo del duende de la casa,
a la pobre ventana mal segura
que tenía el postigo destrozado,
la inquieta criatura
se pasaba las horas asomado.
Desde allí contempló crecer las olas
bajo la acción del huracán violento,
y se arrulló con dulces barcarolas
que le llevaba el viento.
La madre, sospechando del retiro
en que el rapaz vivía,
conteniendo el suspiro
que le arrancaba lúgubre presagio,
subió al desván con tímida cautela
para ver lo que hacía,
y lo halló sobre un tomo
de carcomida pasta,
suspenso ante la hoja de vitela
en que grabado había
el desteñido cromo
de un bajel estrellándose en las rocas.
Junto al libro arruinado,

la triste viuda, en lágrimas deshecho
el rostro, descubrió sobre la mesa
algo que fue revelación de un símo:
un esbozo del viejo *Abanderado*,
de la querida presa
que hizo el mar: un juguete del marino
de la casa; y sufriendo más que nunca
su corazón de madre,
al niño prodigioso
que juntaba a su pecho en dulce nudo,
le dijo: ¡«Eres hermoso,
pero me harás sufrir como tu padre!»



El Poema de la Raza

(Raza Vencedora)

I

CS del soberbio tronco de Pelayo,
de vetusta y selvática hidalguña,
do ingertara su dulce poesía
la estirpe mora de ancestral desmayo;

que, en gigantesca floración de mayo,
brotó llena de ruda valentía,
templada por viril melancolía,
la noble raza que esgrimiera el rayo

de la guerra en las pampas luminosas
del Orbe, que emergió de las azules
ondas, cantado por el ágil coro

de las blancas sirenas armoniosas;
y ostenta en su blasón faja de gules
que engolan, fieros, los dragantes de oro.

II

Bajo el dombo triunfal de la casona
de salas resonantes y desiertos
patios que hoy tienen sus jardines yertos,
cuya arcada gentil se desmorona;

allí, estuvo la cuna de infanzona
gente que en pobres barcos, por inciertos
rumbos viniera a los soñados puertos
de auras de miel y linfa retozona.

Con el fraile despótico y ceñudo,
y el hombre de armas que la gran rodela
de bronce abraza, con su gesto arisco,

llegó el galán, trovero y linajudo,
peregrino en la mustia Compostela
y tañedor de su rabel morisco.

III

Reviven las fantásticas siluetas
de la moza de guerra y el corchete,
de la dueña, el buscón y Rinconete,
del cautivo de Argél y los poetas.

Celestina, resurge con sus tretas,
asechando doblones. Su florete,
en ascuas vibra un torvo matasiete,
en el sucio figón de caras prietas.

Del Manzanares en la turbia orilla,
en las férvidas zambras de toreros,
una princesa de cimbrar gitano,

F. J. FALQUEZ AMPUERO

junto a chaqueta que en la noche brilla,
vásese en dulces infundios verbeneros
por su brumoso parque castellano.

IV

Lago de sol que en hérvidos raudales
busca senda en lejanos derroteros,
es la lengua de sabios y guerreros,
de ascetas y de bardos inmortales.

En medio de las nieves eternas,
a la sombra de airosos cocoteros,
en las chozas de rústicos aleros
y en las amplias mansiones señoriales;

traduce las románticas ternezas
que están cayendo de unos ojos garzos;
canta ronca, dolores y proezas;

suspira con el Ángelus; la brisa,
no es más blanda; y rutilan en sus cuarzós
vetas doradas que la luz irisa.



(Raza Vencida)

V

En un claro de cielo, el cono duro
de relieves magníficos, sus golas
de niebla ciñe. En las sagradas *tolas*,
vierte la aurora el rosicler más puro.

Dentro la choza de pambil seguro,
el indio libre, con su *quena* a solas,
canta; y rizan sus grises fumarolas
las recias moles de basalto obscuro.

Hay una calma dulce en el paisaje:
la paz del alba misteriosa, cuando
la vida corre por feliz sendero;

mas, de improviso, enciéndose el celaje,
estalla un trueno y queda retumbando,
como una larga vibración de acero.

VI

El viento escarmenaba las crineras
en torbellinos rojos por los frescos
barrios de frondas, limpios, pintorescos,
poblados de avejillas vocingleras.

Descienden en alud a las praderas
montados en bridones gigantescos,
y sus rostros, ceñudos y goyescos,
imponen más que las espadas fieras.

Selva de lanzas, ante el sol muriente,
brilla en agudos lampos. Lleva el río
troncos helados y corazas rotas;

y, en los rigores del bochorno ardiente,
la piel cobriza del titán bravío
destila sangre en abundantes gotas.

VII

Deshechos por la llama que consume
lo mismo al héroe que a la noble encina,
dieron su pingüe carnación divina
a la tierra que en savia los rezume.

¡Flor de adalides, su vital perfume
circula con el aura vespertina,
y es impulso en el nervio que domina,
y es ardor del espíritu incolumel!

Cuando trepidan en sus bases de oro
los Andes, es que los gloriosos restos,
bajo el tapiz de médanos, adusto,

donde quedaron—épico tesoro—
cambian, chocando, sus antiguos puestos,
se rasga el lienzo del sudario agosto.

VIII

De este plasma de vida, en el regazo
de la Madre fecunda, numerosas
brotaron las falanges orgullosas
de mente libre y de robusto brazo.

CAJA DE CROMOS

La carne muerta, acéndrase al chispazo
del almo aliento volador; las fosas
en floración ubérrima, grandiosas
muestras produce dentro breve plazo.

Y como salta del nidal querido,
donde expirara un cóndor, su polluelo;
el Vengador del paria dolorido

dejó los flancos de Avila rotundos,
y fué por todo el colombiano cielo,
como el Verbo de Dios sobre los Mundos!

Agosto 10 de 1919,



Las Manos

(DE MARYLIE MARKOVITCH) (1)

Preludio

MENÚFARES que brotan sobre lagos de ensueño,
con sus férvidas palmas y sus dedos tremantes,
las manos me cautivan con su letal beleño,
ora se inclinan mustias o se alcen odorantes.

Las manos, ritmo alado de inquietudes y alarde,
seres que plegan dóciles a mi querer perverso,
cuando, insidiosa, apaga sus candelas la tarde
me obseden y persiguen como un destino adverso.

Las manos que el amor más puro sonrosaba,
aquellas lindas manos que no tendré jamás,
manos que fueron mías y que yo idolatraba:
las tuyas, ésas... puras, que no estrecharé más...

(1) Esta notable poetisa fue laureada con el Gran Premio Fémnia por su colección de poesías intitulada «Campanas del Pasado». Ha publicado, además, algunas novelas, entre las que tuvo éxito sensacional: «El último Velo». Las admirables estrofas que hemos procurado verter a nuestra habla, aunque sea imperfectamente, son acabadas en su factura y ricas de ideas bellas y novedosas que nos recuerdan una gallarda composición de Gautier a las manos, que figura en «Esmaltes y Camaféos».—(N. del A.)

Las manos con sus líneas y curvas exquisitas,
con sus contornos suaves—modelos de elegancia—
me sumen en la fiebre de pasión infinita:
¡oh, manos adorables de pérfida inconstancia!

Los besos que obtenemos de la mujer querida,
sus abrazos, su espanto, su pasional derroche,
arrancan a mi carne por el placer herida
lamentos y alientos de goces en la noche.

Manos de alegría

Manos de las Amadas de red azul de venas,
manos flexibles, largas, afiladas y pálidas,
manos de nieve, santas, y, sobre todo, buenas,
parásitas extrañas de intensa vida cálida.

Manos que sólo saben de la coquetería,
perlas que guarda estuche de terciopelo rosa,
flores de amor pulidas con noble orfebrería,
lirios que se deshojan con languidez morosa.

Manos de Thais, de Cintia y de la dulce Delia;
que rechazara Laura; que tras sus castos velos
lloró Heloísa; manos de púdica camelia
que en su balcón aguarda Julieta con desvelos.

Manos de virtud maga, fecundas en creaciones,
que sólo con un signo despiertan mil murmullos
que el coro de las fuentes no iguala en sus canciones,
ni el viento de la noche supera en sus arrullos.

¡Oh, manos que ostentáis de millones de labios
las huellas que conmueven hasta perder la calma,

Las Manos

(DE MARYLIE MARKOVITCH) (1)

Preludio

MENÚFARES que brotan sobre lagos de ensueño,
con sus férvidas palmas y sus dedos tremantes,
las manos me cautivan con su letal beleño,
ora se inclinan mustias o se alcen odorantes.

Las manos, ritmo alado de inquietudes y alarde,
seres que plegan dóciles a mi querer perverso,
cuando, insidiosa, apaga sus candelas la tarde
me obseden y persiguen como un destino adverso.

Las manos que el amor más puro sonrosaba,
aquellas lindas manos que no tendré jamás,
manos que fueron mías y que yo idolatraba:
las tuyas, ésas... puras, que no estrecharé más...

(1) Esta notable poetisa fue laureada con el Gran Premio Fémica por su colección de poesías intitulada «Campanas del Pasado». Ha publicado, además, algunas novelas, entre las que tuvo éxito sensacional: «El último Velo». Las admirables estrofas que hemos procurado verter a nuestra habla, aunque sea imperfectamente, son acabadas en su factura y ricas de ideas bellas y novedosas que nos recuerdan una gallarda composición de Gautier a las manos, que figura en «Esmaltes y Camafecos».—(N. del A.)

Las manos con sus líneas y curvas exquisitas,
con sus contornos suaves—modelos de elegancia—
me sumen en la fiebre de pasión infinita:
¡oh, manos adorables de pérfida inconstancia!

Los besos que obtenemos de la mujer querida,
sus abrazos, su espamo, su pasional derroche,
arrancan a mi carne por el placer herida
lamentos y alientos de goces en la noche.

Manos de alegría

Manos de las Amadas de red azul de venas,
manos flexibles, largas, afiladas y pálidas,
manos de nieve, santas, y, sobre todo, buenas,
parásitas extrañas de intensa vida cálida.

Manos que sólo saben de la coquetería,
perlas que guarda estuche de terciopelo rosa,
flores de amor pulidas con noble orfebrería,
lirios que se deshojan con languidez morosa.

Manos de Thais, de Cintia y de la dulce Delia;
que rechazara Laura; que tras sus castos velos
lloró Heloísa; manos de púdica camelia
que en su balcón aguarda Julieta con desvelos.

Manos de virtud maga, fecundas en creaciones,
que sólo con un signo despiertan mil murmullos
que el coro de las fuentes no iguala en sus canciones,
ni el viento de la noche supera en sus arrullos.

¡Oh, manos que ostentáis de millones de labios
las huellas que conmueven hasta perder la calma,

que a voluntad el gozo multiplicáis con sabios
filtros de amor: ¡oh, manos, vosotras tenéis alma!

Hacéis la vida intensa que se complace en su obra,
pero guardáis secreto malféfico que afiebra;
por vuestra causa el mundo la razón no recobra:
¡manos que os deslizáis con sesgos de culebra!

Bellas manos errantes, diestras escanciadoras
del néctar que produce los deliciosos sueños,
soís un poco perversas, silentes tentadoras
saturadas de amor en los dorsos sedientos!

Así sois manos gráciles, pero también infieles,
porque pilláis el campo, el caliz, y hacéis gala
de saborear las nuevas dulzuras de las mieles
allá donde os comportan los arranques del ala!

Manos de traición

Cuando pienso en vosotras, que fuisteis inclementes
conmigo, estallan odios de un lúgubre pasado;
pero al sentir el roce de esas palmas frementes
os ama todavía mi cuerpo desmayado.

¿Porqué volvéis de nuevo a la traición dispuestas,
sin haber enjugado ligeras humedades
que sosiegan o encienden mis cóleras enhiestas
y tornan en blanduras todas vuestras crueldades?

Soberbias de impudor y deshojando flores
del reino de Amatunte, por rutas ignoradas
legáis cual cortesanas de cínicos ardores,
luciendo en los hoyuelos sonrisas impregnadas.

¿Dó está vuestro camino de embriaguez y perjurio?
¿En cuál cuerpo vertísteis calofrío mayor?
Decid vuestro poema de idílico murmurio,
y cuál lujuria en rojío blasonó vuestro amor?

¿Quién dió el sensual aroma que vuestra piel retiene?
¿Quién destiló los zumos que enervan vuestros dedos?
¿Qué fiebre sus transportes eróticos sostiene,
sin que sedarlos puedan los alisios más ledos?

¿Porqué volvéis, cobardes, si estáis bien avenidas
a manejar el nudo dogal del corazón,
y a cerrar y abrir siempre mis divinas heridas,
según vuestro capricho, jamás a mi elección?

¡Fugásteis! Cuando en medio de mi abandono un grito
lancé, sólo la noche y el viento quejumbroso
me contestaron: luégo, un muro de granito
y triple sello impuse al pasado engañoso.

Después he dicho: «I ejos de mí las agonías
que en lúbrieco delirio me ocasionaron daño,
ya en los lentos insomnios, como en funestos días,
no os juntaréis en lazo de muerte sobre el paño».

«Aquellas manos recias a las vuestras flexibles
ligadas mucho tiempo, escancian el licor
para otras manos jóvenes, quizá menos sensibles»...
¡yo no leía, entonce en vuestras líneas amor!

Traidoras como fiera que ocultan los jarales,
acecháis mi deseo para mejor herir,
y el nácar de las uñas afláis cual puñales,
sabiendo que es muy dulce por vosotras morir.

Héme aquí, leves manos de tegidos de nardo:
si os odio es porque vive mi amor insatisfecho;
mas, si rozáis mi carne se embota el rojo dardo
y os adora como antes mi desgarrado pecho.

Mi cuerpo, como el fruto que doblega la rama,
de las caricias vuestras se inclina a los excesos,
y en mi redondo seno y en mi esbeltez que inflama,
manos que adoro y odio, vendimiad ya los besos!

Manos de amor

Manos de ardientes razas, manos brunas, guerreras,
que blanden recios arcos con desdén de laureles,
el alma de los arios vive en vosotras, fieras
y sanguinarias antes, hoy sólo al amor fieles.

Manos de los pastores libres de inoble callo,
manos de astucia y robo que el lino de la tienda
templáis con fuerte nudo, y al pecho del caballo,
que piafa y se encabrita, ceñís áspera rienda;

manos conquistadoras de pueblos orientales
que revestísteis túnicas de púrpura gloriosas,
y ante las que venían con todos sus caudales
las reinas de Sabá maceradas en rosas;

manos cansadas ya de los gestos sensuales
que fueron olvidados por graves aventuras
de nieblas y de vientos; que las marinas sales
y los fucos bañaron: manos más que otras puras;

manos que conocísteis las terribles empresas
de empuñarlas de trenzas y de gordos talones,
y entre gritos de lucha, las magníficas presas
amarrar a los lomos de bermejos bridones;

manos de fuego llenas de gran virilidad,
donde hierven las savias en un pequeño radio;
manos de orgullo bárbaro y dedos de verdad,
flagelos implacables como furente gladio;

manos que son producto de razas que pasaron,
más fuertes que fue el bronce de resonante escudo,
si a vuestro mimo blando los valientes plegaron,
yo sollozé de amor a vuestro choque rudo.

No adolecen de engaño vuestros amables dones.
Andrómeda y Coseta, Angélica y Friné,
cayeron, cuando oían los últimos perdones,
y en miseria o en muerte juraban vuestra fe.

Yo abjuro los errores de mi loca ternura
en vosotras, ¡oh, manos virilmente ligadas!,
y, cual la rama al peso de la poma madura,
os doblegáis al ritmo de caricias soñadas.

Manos que el arduo peso de mi frente reciben,
que ungiéron mis estigmas con amoroso celo,
abrid el dulce nido de las promesas viven
sólidas como el oro forrado en terciopelo.

En las horas inquietas de los nocturnos miedos,
mi espíritu sumido en pena taciturna
dejará vuestro lado con suspiros muy quedos,
como el agua que emigra del fondo de la urna!

España

Al señor don Jaime Castells, Cónsul de España en Guayaquil y Presidente de la Cámara Oficial Española de Comercio del Ecuador, dedica el autor este homenaje a las glorias de la Madre Patria en el gran día de la fiesta de la Raza.

Goza feliz, esclarecida España,
en dulce paz los ínclitos laureles
a tu constancia y tu valor debidos.

Duque de Rivas.

BAJO el esbelto grupo de palmeras
que, al beso de las auras rumorosas,
—como guardia de enhiestos paladines—
sacuden sus magníficas crineras
cabé el raudal de plata de mi río
de vegas anchurosas,
discurre el canto mío
entre boscajes de verdor luciente,
y luego en ondas férvidas y grandes
aspira a remontarse a los eternos
y cincelados hielos de los Andes.

La épica trompa del divino Herrera,
 de Quintana y Gallego,
 ¡quien de los cielos recibido hubiera
 para tus glorias celebrar, España:
 para expresarte con rotunda estrofa
 la devoción filial que por tí siente
 el pueblo ecuatoriano,
 de tu fértil entraña
 pujil nacido a coronarse joven!
 Pero ya que no tengo el ardoroso
 acento de los vates
 que cantaron tu ingénita hidalguía
 y el lumen de tu genio portentoso,
 acepta el trino de mi humilde Musa
 que estática hacia tí sus alas guía.

¡Oh, noble Anciana que la voz no esperes
 te ofenda, si aprendió desde el regazo
 materno el habla en que triunfaba Olmedo
 y suspiró de amor tu Garcilazo!
 Tus héroes a los nuestros se parecen
 en arrojo, constancia y bizarría;
 y así como el inmenso Don Quijote,
 de punta en blanco armados comparecen
 con rumbo hacia el Montiel de la Victoria,
 en el brioso corcel de la Osadía.
 Los tuyos son los que a las agrias breñas
 treparon de la invicta Covadonga
 tras las huellas radiantes de Pelayo,
 y los nuestros, los Suces y Bolívares,
 tu nidada de altivos aguiluchos
 que, en el negro espinazo de la andina
 cordillera de fuegos crepitantes,
 lidiaron Carabobos y Ayacuchos.

España

Al señor don Jaime Castells, Cónsul de España en Guayaquil y Presidente de la Cámara Oficial Española de Comercio del Ecuador, dedica el autor este homenaje a las glorias de la Madre Patria en el gran día de la fiesta de la Raza.

Goza feliz, esclarecida España,
en dulce paz los ínclitos laureles
a tu constancia y tu valor debidos.

Duque de Rivas.

BAJO el esbelto grupo de palmeras
que, al beso de las auras rumorosas,
—como guardia de enhiestos paladines—
sacuden sus magníficas crineras
cabe el raudal de plata de mi río
de vegas anchurosas,
discurre el canto mío
entre boscajes de verdor luciente,
y luego en ondas férvidas y grandes
aspira a remontarse a los eternos
y cincelados hielos de los Andes.

La épica trompa del divino Herrera,
 de Quintana y Gallego,
 ¡quien de los cielos recibido hubiera
 para tus glorias celebrar, España:
 para expresarte con rotunda estrofa
 la devoción filial que por tí siente
 el pueblo ecuatoriano,
 de tu fértil entraña
 pujil nacido a coronarse joven!
 Pero ya que no tengo el ardoroso
 acento de los vates
 que cantaron tu ingénita hidalguía
 y el lumen de tu genio portentoso,
 acepta el trino de mi humilde Musa
 que estática hacia tí sus alas guía.



¡Oh, noble Anciana que la voz no esperes
 te ofenda, si aprendió desde el regazo
 materno el habla en que triunfaba Olmedo
 y suspiró de amor tu Garcilazo!
 Tus héroes a los nuestros se parecen
 en arrojo, constancia y bizarría;
 y así como el inmenso Don Quijote,
 de punta en blanco armados comparecen
 con rumbo hacia el Montiel de la Victoria,
 en el brioso corcel de la Osadía.
 Los tuyos son los que a las agrias breñas
 treparon de la invicta Covadonga
 tras las huellas radiantes de Pelayo,
 y los nuestros, los Sueres y Bolívares,
 tu nidada de altivos aguiluchos
 que, en el negro espinazo de la andina
 cordillera de fuegos crepitantes,
 lidiaron Carabobos y Ayacuchos.

**

Hubo un momento en que, hispida y segura,
el Aguila del Norte, evanecida,
arrebató la gema más bruñida
de tu insigne corona.

Yo cantaba tu gesta de bravura
con pecho juvenil, mientras tus barcos,
en la batalla desigual y fiera,
se iban a pique en huracán de llama
ostentando los mútilos colores
del mástil roto en la nadante rama.
Pasmo fue de los mismos vencedores
tu arrogancia inaudita,
y contra el cargo de la vil protervia
que alguna vez condena el sacrificio,
quedó en las olas, con tu sangre escrita,
para timbre de bravos tu soberbia!

**

Esta es la raza que, en lejano día,
con gesto de sublime valentía
aventuróse en débil carabela
que, cual nívea gaviota navegaba
por la sabana de hervorosa estela,
llevando para el orbe que brotaba
del mórbido regazo de la espuma,
la santa Cruz inscrita en sus triunfantes
banderas y la dádiva preciosa
del suavísimo idioma de Cervantes.

**

¡ Madre blanda y severa al mismo tiempo,
jamás tu señorío

tuvo menguas de Ocaso,
 y si eclipse sufrió tu poderío,
 breve fue, como lo es el de la esfera
 que, en eterno girar, vierte el tesoro
 de su lumbre proceras,
 que empenacha los trágicos volcanes
 como un casco de oro,
 y colora, a la vez, la espiga airosa
 que—sagrado presente de Natura—
 se doblega a los músicos afanes
 de la ráfaga tibia y cariciosa
 en la vasta quietud de la llanura!
 Reina Madre de jóvenes naciones,
 mil veces ha querido
 la negra envidia y la ambición aleve
 empañar tus blasones,
 sin que lo haya podido!
 Con tizue para el Genio, audaz soldado
ante quien muda se postró la tierra,
 osó llevar su planta a tus verjeles,
 cuya asombrosa producción encierra,
 con variedad extraña,
 para cabellos de mujer, claveles
 y un gajo de laurel por cada hazaña...
 ¡ese numen feral que, sin desmayo,
 al épico trotar de sus corceles
 hizo tremer el suelo de la Europa,
 rindió en Bailén, a tu novicia tropa
 de montañeses, su temible rayo!

En los amplios dominios de la Historia,
 sin mácula de miedo ni de envidia,
 eres, a un tiempo, por tu fe y tu orgullo

Patricia armada que venció con gloria
en la ardorosa justa,
o excelsa mártir que, sin un murmullo,
sufrió rigores de la suerte injusta.
¡Salve, tierra sagrada!
Tú no puedes rodar en el profundo
abismo de la nada,
donde yacen cien pueblos corrompidos,
porque—gigante corazón de un mundo—
de los errores de otra edad a salvo,
vives lanzando en fiebre de latidos
la sangre que los músculos sombrea
y la savia fecunda de la idea
que fluye de la pluma de Montalvo!
De tu antigua casona bajo el techo
encuentra el peregrino
de la pujante selva americana,
con las ventajas de un gentil derecho
que fraterniza a *criollos* y españoles,
el pan de los espíritus y el vino
que desmenuza en el cerebro soles.
Sigue en vigor el Fuero de Castilla
para Nosotros y Ellos. Los Jardines
en que brota la clásica violeta
del Gay Saber, están como la orilla
por do vagaba el último Centauro:
cuajados de oro vegetal. Discreta.
tiende la mano, Trovador, y coge
opima ciega del radiante lauro!



Si en las prácticas rudas de la guerra
ver tu semblante enardecido aterra,
cuando blandes el hacha relumbrosa
de Witiza, Viriato y Recaredo,

y arrebatas la breña soledosa
 al Moro que la ocupa con denuedo ;
 si en el puente incendiado de tus naves
 o en el cuadro infrangible
 de tu brava y estóica infantería,
 lo mismo retar sabes
 a la muerte en el piélago sañoso
 y en la pampa que alumbra con el ampo
 de sus diamantes límpidos, el día ;
 no es menos grande tu victoria y fama
 en el sereno campo
 a do va tremolando su oriflama
 de paz, la tribu del saber, aquélla
 que con la vista en el zenit fremente,
 padeciendo asperezas del camino
 y sarcasmo del vulgo irreverente,
 al término feliz de un alto síno
 llega y se impone al egoísmo adverso
 porque élla trae de su largo viaje
 luz en la mente y en los labios verso.

**

¿Qué legión más ilustre y numerosa
 que la tuya, en que Séneca, Luis Vives,
 Raimundo Lulio, Alonso de Tostado,
 Melchor Cano, Gracián, Pérez de Oliva,
 constituyen lujosa
 constelación de ingenios? Si el dorado
 resplandor de tu Sol fama es que nunca
 se puso en tus dominios, noble España ;
 no es menos cierto que el fulgor divino
 en el grandioso azul del Pensamiento
 de tu Raza, ni mengua ni se empaña ;
 y que, al contrario, sin que ardor le reste
 el derroche de fuerza, salta en chispas
 gloriosas de crisólito celeste.



Tu rico acervo literario asombra
a los pueblos más cultos del planeta,
y vibran las miradas de entusiasmo
con el toque solemne de la sombra
y la mágica luz de tu paleta.



Retumba, como el trueno, Alonso Ercilla
en la estrofa inmortal de *La Araucana* ;
y describe, pictórica y lozana,
la Musa de Balbuena
los bélicos detalles
del valor español, y los clamores
del cuerno de Roldán en Roncesvalles.



Como se espacia caudaloso río
en toda la amplitud de sus riberas,
sembrando los playones solitarios
—en las calmas nocturnas—
con sus raros tesoros milenarios,
y verdeciendo próximas praderas
con el jugo salino de sus urnas:
tal la escena española,
desborda sus raudales
al través de los siglos,
y va dejando, al regresar la ola,
disueltos sus airones espumosos,
sobre la inmensa costa—roto el broche
de las valvas—mirífico reguero
de perlas con orientes prodigiosos!



I así refulgen a la luz del Arte
 esas divinas gotas del ingenio
 que, en momentos felices, Lope y Tirso,
 Calderón y Moreto producían,
 y que hoy ilustran el mundial proscenio
 al lado de la joya sorprendente.
 —consorcio de la forma y de la idea—
 de Echegaray, Galdós y Benavente!



Cuando hay un pueblo militar y artista
 en el grado sublime
 en que lo fueron el de Grecia y Roma;
 y ese pueblo, además, con fe vidente
 hizo emerger de las eternas brumas,
 como rubia Nereida, un Continente;
 cuando ese pueblo es cuna de varones
 de fosca cabellera
 y voz vibrante que retumba en eco
 de altivez injuriada:
 modelo de los cuadros de Ribera;
 o, sin perder su original bravura,
 por virtud de los átomos de lumbre
 de las gentiles tribus agarenas,
 los rostros macilentos, en morenas
 caras se tornan propias al holgorio,
 como los tipos de Francisco Goya,
 que aman el potro arisco y la navaja
 y el alma tienen de don Juan Tenorio;
 cuando esta Raza, en floración constante,
 a la sombra del grana y amarillo,
 —que es coraje y riqueza—

F. J. FALQUEZ AMPUERO

le da a las Ciencias y a las Artes brillo
y por cúspide eterna una cabeza:
Cajal, Quevedo, Castelar, Murillo;
esta Raza *sin miedo ni reproche*
debe estar orgullosa del Pasado
y, con visión ecuánime y segura,
conocer que el Destino le reserva
más bellos triunfos en la Edad Futura!

* * *

Tal, en las cimas gélidas del Athos,
reverberante el ojo,
desplegado el plumaje
como una parda vela cimbradora
que mecen los ondeos del celaje;
a los destellos del muriente día
emprende el vuelo de retorno al nido
el águila salida con la aurora.
Al través de archipiélago de estrellas,
sin manchar el zafiro con sus huellas
y aspirando la tromba de éter libre,
ora tiene el aspecto de un querube
que lejos boga con sus alas de oro,
luégo aparece hermosa, destacada
en medio de una nube,
y, lenta descendiendo,
al fin se encuentra de la luz huyendo
en la ancha grieta con su prole amada!...

El lector benévolo excusará que las líneas dedicadas al recuerdo de mi difunta hija, que no tienen el prestigio de la rima, aparezcan en un libro de versos que fueron compuestos en horas dulces y alegres de mi vida. He creído que debía publicarlas, porque si las estrofas son un desahogo lírico del Numen prendado de la Belleza, estas sencillas páginas de prosa interpretan ese no sé qué suavemente oscuro y triste que llevamos en el alma, cuando la Muerte transporta a otros sitios los seres que nos son más queridos...

Consolación a mi alma

[A la memoria muy querida de mi hija
Laura Esmeralda].

*Cum subit illius tristissima noctis
imago.*

OVIDIO.

¡OS que leyeren estas páginas escritas con mi sangre, se dignarán disculpar que las deje salir de mi gaveta íntima, en donde estaban junto con otras empalidecidas por el tiempo, que brotaron de mi pluma entre sollozos o maldiciones; pero que traducen hondos sentimientos de mi corazón y pintan imágenes gratas o desagradables que pasaron ante mis ojos inflamados hoy de llorar, no sobre los despojos helados de mi Laura, sino bajo la acción martirizadora de los recuerdos...

Y, después de todo, qué le importa al mundo mi aflicción, qué puede hacer para aliviarla, con qué derecho le pediría yo dictarnos de sus praderas fecundadas por las turbias aguas del egoísmo, para mi dolor, que es intenso, vivo y cruel como una llamarada? No recuerdo cuál padre de la iglesia griega, que debió ser también un es-

tórico varón de refinado orgullo, aconsejaba no mostrar sino a Dios las llagas morales. Pero no sé qué irresistible inclinación, qué alivio espiritual prodigado por Numen propicio, sentimos al abrir para otras miradas el *sancta-sanctorum* en donde giran nuestros infortunios, como ángeles inconsolables que hubiesen sido lanzados a rayos del cielo ..

Por esta piadosa sedación, obra de la misma naturaleza, que enferma y cura al hombre con ánimo igual, me dejó *ver* como soy bajo la garra implacable del Destino que felizmente, mientras más se encruelece con la presa, acelera en su seno la formación de soluciones reparadoras que evitan hasta donde es posible la muerte. Ya conoce mi enemigo la pena que me martiriza nervio a nervio. Si ríe a costa de mi infortunio, si le divierten las muecas trágicas que como otras tantas máscaras me pone el llanto en la cara, es muy natural este hartazgo de malsana voluptuosidad que descubre los rojos instintos primitivos latentes y modificados bajo la piel del prójimo de hogar. Peor resulta mi *hermano* que llora con un ojo y con el otro se ríe, como el personaje de «*Los Caracteres*» de La Bruyere! Lo que yo debía hacer es romper la pluma que divulga mi sufrimiento. Así, no lo conocería nadie; sería más grande, más puro, más digno del sacrificio de mi hija ungida, al hacer, con el óleo quemante de las víctimas que señala por «divino placer» lo que se llama el Hado.

.....
 Un poeta inglés ha escrito: «Los acontecimientos que sobrevienen proyectan su sombra delante de si mismo». Y nada más cierto. Nada

menos humano también. Desde que supe que mi hija estuvo a verme en compañía de uno de sus hermanos mayores, sin que me hubiese encontrado en casa por circunstancias imprevistas; desde que me contaron que había dicho en uno de los fugaces desahogos de alegría que caracterizaban su horrible dolencia, esa mancha tenaz caída en tela de oro: «Quiero visitar a mi papá. Lléveme a donde él, que hace tiempo que no lo veo;» desde entonces, hasta el momento en que me informaron que había dejado de sufrir, no cesé de imaginarme los dolorosos pasos de su Pasión, en la que no me concedió la suerte siquiera el débil consuelo de estar a su lado para ayudarle a cargar la cruz que abrumaba sus hombros de ángel...

La noche, que antes me exasperaba, hoy me calma. Es la Bella Dormiente del Bosque; la más benigna y discreta Divinidad de la tierra; la dulce Eloa del poema sagrado de Alfredo de Vigny. Sus sombras aterciopeladas me abrigan con la tibieza soñolienta del manto maternal. Las luces fugitivas de sus fuegos fátuos; los fanales melancólicos de sus estrellas; los crepúsculos de voluptuosa languidez en *la hora del pastor*; sus perfumes, bálsamos, inciensos; sus murmullos, cantos, zumbidos; sus gnouos opulentos, sus espectros plañideros, sus brujas envenenadoras, sus rondas sabbáticas: todo esto es la Noche, de todo esto se compone su místico encanto, que es beleño que devuelve a los miembros el reposo tras la tormenta que estalló bajo el cráneo o hizo trizas el corazón ..

Te lloro, hija adorada, porque el dolor humano así se exterioriza, sin que podamos evitarlo, cuan-

do es profundamente sincero, aunque sé bien que los muertos no piden lágrimas, sino oraciones y amor. Los que no creen, en las luminosas grandezas de ultratumba; y los que si guardan una vaga esperanza de adelanto espiritual fuera del *plano* que algún día sentirán huir bajo sus plantas, no dejan de empañar la idea pura y radiante del *más allá* con sentimientos y símbolos de un odioso naturalismo; éstos son los que compadecen a los difuntos y los despiden con las vanidades de la moda, producto todo ello de un extravío de la razón ante el verdadero concepto de la muerte. El pueblo heleno, que hermosó la vida, poetizó también el fin de ella sobre la tierra. La escultura de un bello adolescente hollando con ademán sereno una antorcha extinguida, representaba a la Muerte. ¡Qué signo más expresivo y discreto! ¡Cuánta verdad revela esta imagen a los espíritus que tienen otros sentimientos y otra idea del tránsito supremo que sólo espanta a los que no ven más lejos del horizonte material, que no es ni azul ni rojo, sino como lo pinta la luz con su brocha de escenógrafa! Amemos y honremos la vida con la amable y sencilla filosofía que nos enseñan las alondras y las cigarras, que no han nunca dudado, según piensa Renan, de que el aliento del sol sea un beneficio muy dulce, la existencia, a pesar de sus contratiempos, un alto de reposo en nuestro camino, y la tierra, una agradable morada, la encantadora Ischia de los espacios, a cuyas playas van a expirar con rumores de amor las voces que parten del inmenso archipiélago disperso en el éter...

He leído en el Mahabarata estas palabras de Krishna, que derraman un suavísimo consuelo

en el alma de los vivos afligidos por la muerte de personas amadas: «Nada de cuanto Existe puede perecer, pues todo cuanto Existe está contenido en Dios. Así, pues, los sabios no lloran a los vivos ni a los muertos. . . Porque nunca dejé de existir yo, ni tú, ni ningún hombre, y jamás dejaremos de existir ninguno de nosotros más allá de la vida presente».

Así es. Ni tú ni yo, hija mía, podemos dejar de ser alma aun despojadas de la envoltura mortal. No has cesado de serlo tú, que eres para mí, ángel que me protege, voz que me aconseja con acentos de ternura, influencia directora de mis actos y leticia del paraíso que si no lo hubiese, mi afecto paternal quisiera formar para tí... No me has abandonado, no te separas de mí, te siento, no te veo; porque mis ojos todavía no pueden gozar esta dicha; porque te rodea el esplendor de las existencias bienaventuradas. La acción del dolor separa de nosotros las impurezas del ambiente en que respiramos, y sólo por el Amor somos dignos de nuestro origen y de la mirada de Dios que nos impulsa hacia las cimas de la Belleza y la Verdad, al través de nuestras lágrimas ..

Fin.

FE DE ERRATAS

Pág. 16—Dice: «en el gesto», léase: «con el gesto»

Pág. 85—Dice: «vida cálida», léase: «vida, cálidas»

Pág. 87—Dice: «l. ejos», léase: «Lejos»

INDICE

Carta-iliteraria

Sonetos

	Págs.
Una tarde de la Iliada	5
El Angelus	6
La Maja de Triana	7
Monsieur de Phocas	8
En el Canal.....	9
Un refinado	10
Claroscuro	11
La duda del Cristo	12
Las Golondrinas	13
Carmen	14
Djenana.....	16
Grotesco	17
Pasaje de Invierno.....	18
La Mujer-Copa	19
El Buey	21
Negro y Oro.	22
Consagración.	23

Poemas y Versiones

El Baño del Centauro.....	24
A Julio Flores.....	25
Tríptico de Gloria.....	28
• El suicidio del Cóndor.....	33
A una Malabaresa, (de Ch. Baudelaire).....	37
Ante el Trono de Su Majestad Susana 1. ^o	39
Jarrón de Flores, (de Th. Gautier).....	42
Los Caballos.....	44
Amanece, de Sully Prudhomme.....	48
Guillermo II, (de Emile Verhaeren).....	50
Crónis de Oriente.....	54
Laurentes del Cílope, (de Henry Regnier).....	57
¡Italia!.....	63
El Poema del Oleo.....	66
Rosa.....	69
El Poema de la Raza.....	78
Las Manos, (de Marylie Markovitch).....	84
España.....	90
Consolación a mi alma.....	100